

LA IDENTIDAD SEXO-GENERICA: UN CONTINUO

Xabier Lizárraga C.*

El estudio del ser humano puede hacerse —y de hecho se hace— a partir de innumerables perspectivas, a partir quizás de infinitos puntos, desde los cuales el *Homo sapiens* se proyecta en ilimitadas formas como especie, como grupo (biológico o sociocultural) y como individuo. El comportamiento, en tanto que forma de expresión de vida es uno de los muchos planos para estudiarlo. Este a su vez está constituido por numerosos campos, cada uno de ellos vital e interrelacionado con los demás. El estudio comportamental del *Homo sapiens*, por ende, reúne una gran cantidad de variables cuyo manejo determina, frecuentemente, meras apariencias, por lo que se llegan a producir tanto conocimientos como ficciones.

A través del comportamiento, el ser humano, como otras especies —vg. el pájaro *tilonorico* (Hall 1978)— *se extiende*, se expande más allá de los límites de su corporeidad para expresarse y realizarse como miembro de su especie. Consecuentemente, el universo de lo humano se vuelve infinito, en tanto que es generativo. El ser humano, como individuo y como especie, sólo puede llegar a ser comprendido si su estudio contempla, además de lo biológico, los sustratos psicológicos y socioculturales determinados por su capacidad de extensión. Los tres sustratos incrementan no sólo las posibilidades de sobrevivencia, sino una rica matización de realidades.

Sin embargo, el discurso científico por lo regular distorsiona la realidad, ya que el propio quehacer científico se ve limitado y obstaculizado por una concepción binaria de aquello que pretende aprehender (Sears, en Katchadourian 1983). Una visión estereotipada: lo positivo frente a lo negativo, una concepción en blanco y negro, que desatiende los matices que constituyen los continuos de lo existente, impidiendo conocer *aquello que es*. Como discurso

* Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.

de poder que establece *la verdad*, obedece a una lógica moral y a una tradición cultural que se apoya en los enfrentamientos: esto como *opuesto* a lo otro, como *contrario*, aunque se hable de complementareidad.

El estudio de la sexualidad en concreto, se asfixia por la presión que ejerce esta visión de dos discretos o polos, que oculta y llega incluso a negar el dinamismo y la polimorfia característicos del objeto de estudio.

El sexo, la sexualidad —todo aquello que circula asociado a una biología sexuada— enriquecida por los aspectos psicoculturales (formas de extensión), suele ser visto y tratado desde una perspectiva atemorizada: el *temor moral*, producto de la misma inquietud y ansiedad que genera la sexualidad, en tanto que imperativo comportamental, convertido en la extensión de un *dispositivo de poder* (Foucault 1977). Dicho temor y la utilidad que el sistema sociopolítico extrae de él, hace que lo sexual se conceptualice dentro de un espacio rígido, atribuyéndole una constancia y una repetitividad que inmoviliza sus posibilidades, al tiempo que le rodea de una amenaza: *lo patológico*. Todo aquello que se mueve más allá de lo definido, que se expresa fuera de lo esperado, que desdiga las falacias erigidas como leyes naturales es devorado por el ambiguo espacio de la patología. La lógica moral para tranquilizarse, hace que prosperen verdades temporales, tales como:

- *La sexualidad: mecanismo enfocado fundamentalmente a la reproducción.* Esta verdad olvida que antes de existir lo sexual la vida ya se reproducía. El discurso del miedo silencia detalles y calla la diversidad de formas, con el fin de asegurar sus propósitos. Prefiere ignorar que un primer significado de la sexualidad es la recombinación genética. La sexualidad, por tanto, se significa en primera instancia por *producir diversidad* (Jacob 1982), y ella misma no puede ser ajena a sus propios efectos. Por otra parte, a través del proceso evolutivo, la sexualidad se pluraliza en cuanto a significados.
- *La sexualidad humana: un instinto.* En lo medida en que los instintos se conciben como comportamientos genéticamente determinados, con una fuerte estereotipia de expresión, toda variante de ellos, con menor frecuencia estadística —aunque pudiera entrar en un rango de normalidad—, es tomada como alteración y, por ende, fácilmente etiquetable como antinatural. Considerado como instinto, lo sexual tiende a ser visto

como fuente y explicación de otros instintos (*sic*), traspolados desde la etología y aplaudidos por la concepción familiarista de la vida social y por los marcos de una legalidad de escritorio: *vg.* el *instinto de conservación*, que hace que el suicida sea considerado como enfermo a la par que etiquetado como delincuente (siempre y cuando su acción no sea productiva para el sistema, pues en ese caso se transforma en héroe); y el *instinto maternal*, que obliga a la mujer a un destino de servicio; se asocian a la sexualidad en consecuencia, tanto la *productividad* como la *perpetuación (reproducción)* del sistema sociopolítico, amenazando con patologizar o desvalorizar toda expresión que no cumpla con estas expectativas.

De tales falacias-puntales se desprenden otras, como una *masculinidad* y una *feminidad* (así, singularizadas) pretendidamente inherentes a la biología de los cuerpos. Esto genera otros tantos discursos finalistas: *el sexo tiene que ser lo que se espere que sea y tiene que determinar lo que se desea que produzca*, ya que la premisa *sexo es destino*, es un arma útil para una política de dominación, en el seno de un sistema que se alimenta de una binariedad. Las etiquetas *hembra* y *macho*, *femenino* y *masculino*, *mujer* y *hombre*, sumergidas en la valorización de lo *pasivo* y lo *activo*, responden a las necesidades políticas de una ideología que concibe taxonomías acordes con sus metas y sus dogmas. No obstante, la pluralidad expresiva y sociocultural de la especie pone en entredicho el discurso que, por ejemplo, atribuye psicologías e identificaciones rígidas, partiendo de un dimorfismo estereotipado de los sexos.

Con base en todo lo anterior, resulta necesario trabajar en una reconceptualización teórica del *yo sexual*, entendiendo a éste como el fenómeno a través del cual nos ubicamos como cuerpos sensibles, perceptivos y actuantes biopsicosocioculturales. El *yo sexual*, sin embargo, no implica olvidarnos de lo grupal y lo específico para atender únicamente a lo individual, como pudiera parecer que sugiere el término *yo*. El *yo sexual* es algo específico del *Homo sapiens*, una realidad alcanzada por la evolución. Como tal juega un papel importante en el ejercicio de las relaciones sociales. A través del *yo sexual* se filtran o se confrontan los individuos en la red de interacciones, *dando significado a las diferencias*, en el contexto de una socialización y de una enculturación. La realidad individual de cada *yo sexual* dibuja puntos de una variabilidad que refleja, por una parte, el contenido sexual de las ins-

tituciones socioculturales (incluido el discurso científico) y, por otra, el peso del grupo sobre el comportamiento de los individuos. La definición del *yo sexual* determina, en un momento dado, que el individuo se encuentre dentro o fuera de las coordenadas tiempo-espacio de una realidad sexual definida por el sistema, pese a que, de una u otra forma, siempre se responde dentro de los límites potenciales que caracterizan al *Homo sapiens* como especie.

El *yo sexual* se construye de realidades que van desde lo exclusivamente biológico, como es el sexo, hasta aquellos parámetros socioculturales que implican un actuar como sujetos eróticos y políticos, amén de reproductivos. Para que se dé la vinculación entre todo esto, el ámbito de lo psicológico (una realidad en sí misma, pero no independiente) se despliega entre los puntos que ubican a cada individuo en un mapa de existencia como unidad biológica (miembro de la especie) y como elemento en un contexto sociocultural, que no debemos olvidar que es temporal. Así, el *yo sexual* se constituye a partir de la interacción de:

- 1) *Sexo*, en cuanto características puramente biológicas, que ubican a los individuos en algún punto de un continuo dinámico y plástico y desdice la binariedad cómoda de un discurso oficializado. Tal realidad se expresa como producto de un proceso multidimensional: *sexo cromosómico*, *sexo génico*, *sexo hormonal* (fetal, perinatal, infantil, puberal, adulto y senil), *sexo morfológico* —incluyendo el gonadal— (fetal, perinatal, infantil, puberal, adulto y senil) y *sexo cerebral* (preperinatal, perinatal y postperinatal, por lo menos); lo cual supone una diversidad y una movilidad respecto a sexo a lo largo de la ontogenia.
- 2) *Sexo de asignación* o *etiqueta sexo-social*. Taxonomía impuesta por el grupo sociocultural, generalmente a partir de la apariencia externa de los genitales, aunque no siempre es así, ya que no en todas las culturas se limita a dos estereotipos, sino que llegan a contemplarse variedades, que generan respuestas concretas de tipo social, así como valoraciones y detalles institucionales particulares (Beach y Ford 1969).
- 3) *Identidad sexo-genérica*, entendida a grandes rasgos como la vivencia psicológica (subjetiva) de poseer un sexo y sentirse perteneciente a uno de los géneros sexo-sociales, en ocasiones independientemente de la biología del sujeto.

- 4) *Rol o papel sexo-social*, es decir, todas aquellas conductas, incluyendo manierismos, voz, actividad, vestido, etcétera, que la sociedad atribuye y/o espera de un individuo, en función de su sexo de asignación, así como las que el individuo adopta en virtud de su personal identidad sexo-genérica, su(s) expresividad(es) comportamental(es) de la sexualidad o su posición sexo-política.
- 5) *Identidad sexo-erótica o preferencias y expresividad comportamental de la sexualidad*, que contempla los campos estimulativos ante los cuales el individuo responde sexual, afectiva y/o fisiológicamente. Es decir, sentirse y responder como heterosexual, homosexual, bisexual, fobofílico, transvestistas, zoofílico, etcétera, lo cual contempla un espectro de pluralidad, que incluye comportamientos matizados y mezclados, anulando los singulares oficiales y la binariedad esperada.
- 6) *Identidad sexo-política* o conciencia de poseer un sexo y una sexualidad politizados por el contexto sociocultural.

Para abordar el estudio del complejo fenómeno del *yo sexual* ha sido necesario, en principio, reconceptualizar aquellos términos que como *sexo* o *preferencia*, por ejemplo, se han visto polisemantizados, en virtud del tipo de discurso en que son empleados. Tal reconceptualización gira en torno a una premisa: todo concepto o término debe ser lo suficientemente amplio y flexible, como para abarcar las innumerables posibilidades de expresión de una realidad, al tiempo que debe ser lo suficientemente preciso como para no resultar ambiguo e inutilizable. Así, por ejemplo, el término *sexo* debe ser aplicable en cualquier discurso que se centre en una especie sexuada y no limitarse a describir aquellas características que lo *redefinen* para una especie en particular. Del término general, considero que deben arrancar las especificaciones que concretan una realidad particularizada, precisando aquellos detalles que hacen de una especie una unidad no necesariamente homogénea.

Las reconceptualizaciones que se han trabajado, en términos generales intentan seguir una misma línea: *comprender la realidad desde una perspectiva de matices* y no desde una visión binaria, por lo que se buscan conceptos que representen los fenómenos como continuos variables a la vez que dinámicos. Así, cada concepto se contempla como receptáculo de un fenómeno diverso, considerando innumerables manifestaciones, independientemente

de que sólo dos de éstas, por ejemplo, sean avaladas por un sistema sociopolítico en un momento histórico en particular.

Partiendo de tales planteamientos abordamos uno de los aspectos del *yo sexual*: la *identidad sexo-genérica*, concibiendo la posibilidad de que ésta no se limite a los marcos de una binariedad, en sólo dos sexo-géneros, como los concebidos en nuestro ámbito sociocultural; de igual forma, no siempre refleja una concordancia entre lo biológico y lo que la sociedad atribuye a dicha biología. Cabe, por tanto, pensar en un posible *continuo de identidad sexo-genérica*, en el que se distribuyan, en diversidad de puntos, los diferentes individuos.

La pregunta inmediata es cómo trazar dicho continuo, atravesando qué puntos y colocando qué realidades tanto en los extremos como en el centro. Aunque gran parte de los puntos intermedios sólo pudieran ser concebidos teóricamente, sin que hasta ahora se hayan manifestado o, lo que es más posible, sin que se hayan comprendido todavía (y por lo tanto, no se tengan descripciones), en virtud de la ceguera que impone un esquema conceptual binario rígido.

Quizás la tentación nos puede mover a concebir un continuo, que a primera vista parece factible: *heterosexualidad-homosexualidad-transvestismo-transexualidad* como si una matización de diferencias llevara de una identidad sexo-erótica a otras (que de por sí no necesariamente son excluyentes entre ellas), para desembocar en una discordancia entre lo biológico de un individuo y su autopercepción como ser sexuado, independientemente de sus muy particulares preferencias sexo-eróticas.

Tal continuo, quizás argumentable desde la teoría psicoanalítica, en realidad sólo responde a una lógica de apariencias confundiendo realidades, que si bien pueden expresarse en un mismo individuo, no necesariamente se amalgaman ni se determinan mutuamente como fenómenos de la sexualidad. De hecho, las preferencias sexuales, las expresiones comportamentales de la sexualidad, como posibles identidades sexo-eróticas son variables independientes de la identidad sexo-genérica existente, que se construye a partir de otros planos experienciales. Las dimensiones de la sexualidad se entrecruzan e interrelacionan, pero esto no justifica una explicación de unas en función de las otras, en la medida en que determinan ámbitos de experiencia en ocasiones absolutamente diferentes. Por otra parte, tal continuo no sólo resulta engañoso, sino irreal, en la medida en que, si somos rigurosos, tendríamos que reconocerlo abruptamente discontinuo,

incluso ramificado. Veamos dos ejemplos, con el fin de intentar su ubicación en algún punto de tal continuo:

- 1) Un individuo de sexo masculino (cariotipos 46XY) manifiesta que es hombre, que *se siente hombre*, y que prefiere parejas sexuales femeninas, incluso expresa una nula atracción por los individuos de su mismo sexo —localizado, por tanto, en el nivel *fundamentalmente heterosexual* del continuo Hetero-bi-homosexual (Lizarraga 1980)—, agrega que nunca ha tenido experiencia práctica, deseo, sueño o fantasía de tipo homosexual —*práctica abierta heterosexual, no práctica homosexual*, punto 1 del continuo mencionado (*Idem*)—. ¿Dónde sería colocado en el continuo de identidad sexo-genérica planteado? La respuesta casi inmediata es que en uno de los extremos: la *heterosexualidad*. Sin embargo, si nos adentramos en otros aspectos de su sexualidad podemos averiguar que manifiesta gusto lúdico o quizás erótico por vestirse y adornarse con implementos considerados por su sociedad como del otro sexo: femeninos. ¿Dónde debemos ubicarlo entonces? ¿Ya no podemos considerarlo heterosexual, por qué? ¿Es o no transvestista? ¿Esto implica necesariamente que no es heterosexual, y que se desliza por el continuo, más allá de la homosexualidad para acercarse al otro extremo, ocupado por los transexuales? ¿Con base en qué, con qué argumentos reales y concretos podemos dudar de su autopercepción sexo-genérica, así como de su identidad sexo-erótica: masculina y heterosexual-transvestista respectivamente? Definitivamente no es posible, ni aceptable, tomar al *inconsciente* como respuesta infalible de aquello que no podemos explicar desde nuestra cómoda posición de científicos. Con demasiada frecuencia un descubrimiento es utilizado para tranquilizar el estado de duda, como si se tratase de una varita mágica que puede resolver cualquier enigma.
- 2) Un individuo femenino (cariotipo 46XX), *se siente hombre* y expresa que su anatomía no le corresponde, por lo que cabe ubicarlo en el otro extremo del continuo, es decir, como *transexual*. No obstante, manifiesta atracción sexo-erótica por los hombres. ¿Qué es, físicamente heterosexual y anímicamente homosexual? Así misma se considera *hombre/homosexual, con un cuerpo equivocado*. ¿Dónde podríamos colocarle en el continuo propuesto? Y agre-

guémosle un detalle importante: gusta de usar ropas y adornos femeninos... ¿es o no transvestista? Ante estos casos ¿no sería necesario idear un ramal en el continuo que va desde la heterosexualidad hasta la transexualidad, atravesando homosexualidad y transvestismo? ¿Y de qué punto del continuo partiría dicha rama?

Pero basta de adivinanzas, ya que en esta línea podríamos ir sacando caso tras caso, realmente imposibles de ubicar en un continuo como el anteriormente planteado; se trata, por consiguiente, de un continuo-discontinuo que se derrumba por su propio peso, si no es apuntalado con malabarismos teóricos ideados a partir de concepciones binarias, avalados por las necesidades de una ideología de dominación. Aspectos tan diversos y de alguna manera tan lejanos entre sí, difícilmente pueden representar grados de variabilidad y matices de una misma realidad.

Ya se han concebido continuos en base al sexo deseado de las parejas sexuales: el continuo hetero-bi-homosexual, ideado en un principio por Kinsey, modificado y redetallado posteriormente (Lizárraga 1980); se han graficado, asimismo, continuos con base en las expresiones comportamentales de la sexualidad, que involucran la necesidad de situaciones, objetos, actividades y sensaciones concretas, como elementos importantes para la estimulación y satisfacción sexo-erótica (vg. transvestismo, linguofilia, urofilia, fobofilia, etcétera): el *Expresiograma Alvarez-Gayou* (en prensa). Ahora debemos concentrarnos en la concepción de aquel continuo que refleje la matización de la identidad sexo-genérica, sin confundirnos con otros aspectos, que si bien pueden verse vinculados no necesariamente dependen de una autopercepción como seres sexuados. Sería absurdo negar que el transvestismo (una forma de extensión sexo-comportamental) llega a ser una práctica más o menos frecuente entre los transexuales, dado que les permite alcanzar cierta coherencia entre su aspecto y su autopercepción sexo-genérica; y tampoco podemos negar que algunos homosexuales, así como heterosexuales, llegan a practicarlo *por otras razones* (las extensiones, en un momento dado pueden ser las mismas, pero sus significados experienciales varían de manera importante). Ahora bien, considerar al transvestismo como un grado mayor o menor de homosexualidad o transexualidad respectivamente, no refleja más que una imprecisión, en relación a aquellos aspectos de la sexualidad que, demostrando la diversidad propia de *Homo sapiens*, se quieren tomar como desvia-

ciones de una ley natural, en la medida en que se desvían de lo esperado por el sistema sociopolítico y por sus verdades temporales.

En función de no pocas observaciones se plantea que, en algunos casos (ignoramos aún su frecuencia) puede darse una identidad sexo-genérica que hemos denominado *ambisexual*. Esta identidad podríamos considerarla como el punto central de un continuo de identidad sexo-genérica que tendría como extremos, por un lado, la *concordancia entre sexo y la autopercepción de ser sexuado* y, por el otro la *discordancia entre la realidad biológica del sujeto y su identidad sexo-genérica*, es decir, el *transexualismo*:

Concordancia entre:
sexo e identidad
sexo-genérica
Individuo femenino
que se siente mujer e
individuo masculino
que se siente hombre.

ambisexual
Individuo de un
sexo, que presenta
rasgos de identidad
sexo-genérica tanto
de un sexo como
del otro.

Discordancia entre:
sexo e identidad
sexo-genérica
Transexual, indivi-
duo que se siente de
un sexo distinto al
que tiene.

Al concebir la identidad sexo-genérica como un continuo así, se abren posibilidades, tanto interpretativas de un rasgo de la sexualidad humana, como diagnósticas, respecto a la comprensión del fenómeno de autoconcebirse como ser sexuado, desmintiendo la estereotipada visión de una alternativa exclusivamente binaria. No olvidemos que los géneros son elementos de una taxonomía, y que ésta, por definición, es una clasificación arbitraria y modificable, respecto a rasgos y características elegidas como definitorias de la misma clasificación.

Así como concebimos al *sexo* con base en un continuo con tres grupos de fenotipos fundamentales:

hembra
reproductiva

hermafrodita
(reproductivo o
no reproductivo)

macho
reproductivo

e innumerables puntos intermedios, que reflejan *la diversidad de lo posible*, aunque sus frecuencias sean mínimas en una espe-

cie en particular, cabe pensar del mismo modo en un continuo de identidad sexo-genérica (éste sí específico de *Homo sapiens*), que también refleje tres grandes y generales manifestaciones, así como un amplio grupo de diferencias de grado. Tal diversidad podemos explicarla por el hecho mismo de que la identidad sexo-genérica, como el propio sexo, se estructura como producto de un proceso que, como apunta André Haynal (1980) refleja un desarrollo lleno de vicisitudes. Quizás una etapa infantil, inmediatamente postnatal, sea prioritaria para la estructuración de la identidad sexo-genérica; de hecho, se habla de los primeros dieciocho o veinticuatro meses de vida (Money, en Green 1981), y probablemente en épocas posteriores se consolida con mayor fuerza hasta fijarse... o casi. Pero no debemos confundir, como ya se ha apuntado, este tipo de identidad con la identidad sexo-erótica, que se conforma después, y en la que intervienen la opcionalidad y la disponibilidad, así como la creatividad y la efectividad de ciertas experiencias, entre otros factores. La mayor parte de éstos no han sido aún perfectamente definidos y quizás sólo son explicables en base a una perspectiva de complejización evolutiva de las especies en relación a la responsividad.

La causalidad de los fenómenos suele determinar una inquietud, y con frecuencia el estudio científico apunta hacia esa dirección gran parte de sus baterías: *¿cómo se dio esto? ¿por qué esto es diferente a lo que suele ocurrir o esperamos que suceda? ¿dónde está la falla?* (casi siempre buscamos errores cuando algo no responde a lo esperado o es o parece ser infrecuente). Cuando la búsqueda de causalidades se vuelve obsesión, responde a una ansiedad, con lo que fácilmente puede desvirtuarse el objeto mismo de investigación, haciendo que las conclusiones a las que lleguemos puedan resultar altamente deformantes, aunque tranquilicen a una moral social y respondan a las exigencias de un sistema. Descubrir las causas es importante (difícilmente podremos interrogar sobre el futuro desde la ignorancia del pasado), pero no es lo único importante ni es lo primero que debe abordarse: la o las causas (pues generalmente se trata de orígenes multifactoriales) sólo pueden llegar a comprenderse cuando se logra conocer bastante la diversidad y la complejidad del fenómeno mismo.

En el caso del transexualismo (una modalidad de la identidad sexo-genérica), por ejemplo, se han considerado varias áreas causales posibles, dando importancia prioritaria a ciertos aspectos y, en ocasiones, olvidando por completo otros factores involucrados. En términos más o menos generales se han dado explicaciones cau-

sales centradas tanto en la biología como en la psicología, así como otras posiciones teóricas se inclinan más por el peso que pudiera llegar a tener el ámbito y los fenómenos socioculturales (más allá de la limitada visión familiarista).

Para autores como John Money (Mayer 1984) podría deberse a una *impronta hormonal prenatal*. Es decir, consideran que las hormonas sexuales (andrógenos y estrógenos), durante un periodo crítico prenatal de sexualización cerebral (tema aún muy polémico), juegan un papel determinante en relación a una sensibilización específica para la construcción de una identidad sexo-genérica, sea femenina o masculina, siempre dentro del marco de una binariedad. El término *impronta*, sin embargo, quizás sea un símil etológico no del todo afortunado, en la medida en que presupone cierta inmovilidad, en este caso prenatal, que de alguna manera determinaría un destino comportamental, sin llegar a considerar la variabilidad que puede darse en el concurso de una socialización; aunque el propio Money sugiere que la influencia hormonal no cierra ni abre caminos nuevos de responsividad, dejando la posibilidad de que tales influencias operan elevando o descendiendo umbrales de responsividad (Money y Tucker 1979). No obstante, tales concepciones parecen ignorar u olvidar las fuerzas revolucionarias que hacen de *Homo sapiens* una especie polimórfica y plástica.

Para otros autores como John K. Meyer (Meyer 1984), quien se centra en los lineamientos psicoanalíticos, lo predominante son una serie de elementos y procesos psicológicos, tales como fases preedípicas y edípicas del desarrollo psicosexual, así como presiones determinadas por una *ansiedad de castración*, y la forma en cómo el individuo llega a o busca resolverla. Este tipo de explicaciones parten de una premisa (no siempre reconocida abiertamente): sólo existe un camino de realización, considerado *normal, natural* y por ende *sano*, por lo que una serie de vicisitudes puede conducir a características patológicas del comportamiento, que se explican muchas veces como resultado de *mecanismos de defensa*, que al fracasar conducen a una desviación total de *lo que debería ser y sentir que es* el sujeto.

Este tipo de análisis obedece, en primer término, a un grupo de expectativas políticas (basadas en la necesidad de dar soluciones terapéuticas) del grupo sociocultural en particular, en un momento dado de su historia, más que a la realidad y a su posible matización. ¿Todos los mecanismos de defensa —cabría preguntarse— se presentan y desarrollan a través de los mismos patrones y están

enfocados a las mismas problemáticas en todos los seres humanos? Basta lanzar una mirada sobre la variabilidad etnológica de la especie, para comprobar que lo que en un contexto sociocultural *X*, puede mover a mecanismos de defensa de algún tipo, en otro contexto *Y* se ve estimulado a expresarse, por el valor y el significado que se le asigna. ¿Un fenómeno como el transexualismo sería sólo particular de culturas y sociedades como la nuestra? ¿El mismo fenómeno, distintamente valorado, tendría causas distintas en diversos grupos socioculturales? Este tipo de explicaciones causales también responde más a una binariedad ideológico-conceptual que a una realidad, por lo que tienden a convertirse en *verdades sociales* y, por tanto, temporales. Por otra parte, ¿qué tan válido es buscar la causalidad de lo que se considera desviación de un fenómeno (la identidad sexo-genérica establecida como *normal-sic*—), sin plantearnos preguntas sobre el origen del fenómeno en su conjunto? El fenómeno a tratar aquí es *la identidad sexo-genérica*, y si el transexualismo es considerado como una alteración de ésta, deberíamos explicarnos la causalidad de la identidad en su conjunto, para descubrir después dónde y cómo se produjo la desviación. Otras concepciones, dentro de los presupuestos psicológicos hablan de influencias de padre dominante e improntas transvestistas.

Una tercera vía de explicaciones se inclina por una multidimensionalidad del fenómeno de la identidad sexo-genérica. Partiendo de este punto de vista, se considera que son diversos aspectos del contexto experiencial y sociocultural, además del peso que pueda tener el sustrato biológico mismo, lo que influye de modo relevante en un resultado tan complejo como es la identidad sexo-genérica de un individuo. Quizás se llega a manifestaciones semejantes a través de diversas rutas, aun en una misma cultura. Hoy por hoy quizás es todavía imposible determinar una causalidad, en la medida en que la magnitud del fenómeno desborda nuestro conocimiento. El interés y el estudio de todo esto es reciente y sin lugar a dudas muchísimos detalles se nos escapan, que pueden ser realmente críticos. Creo importante pluralizar los planteamientos, en tanto que las teorías monocausales, por lo general responden a las *apariencias*, quedándose muchas veces en la superficie, aunque se construyan a través de malabarismos que, de nuevo, *sólo aparentemente profundizan* en el fenómeno. Buscar causas sólo en la bioquímica y sus efectos o en lo que creemos descubrir en la ontogenia del individuo, no nos permite comprender el fenómeno, que indudablemente existe y se

significa en un contexto mucho más amplio: tanto evolutivo como histórico y político.

Resulta aún muy prematuro intentar negar que la identidad sexo-genérica pueda poseer un importante y crítico sustrato biológico, que influya de alguna forma en la consolidación de una autopercepción como sujeto sexuado, si bien quizás no lo determine totalmente. En caso de demostrarse tal influencia biológica, cabe pensar que una matización del sustrato (ignoramos de qué tipo) pueda influir también en una graduación de la expresión del fenómeno. Sin embargo, lo que realmente resulta aventurado es atribuir un sustrato biológico específico a una identidad sexo-erótica en particular, como tantos han querido hacer. Esta posición no sólo es riesgosa, sino que en gran medida es tendenciosa; aquellas conductas que no concuerdan con las expectativas socioculturales, en un momento y lugar dados, parecen fácilmente atribuibles a factores biológicos, de alguna manera aún indefinidos. Hoy en día las hormonas y los genes, en algunos discursos científicos, parecen ofrecer rutas de explicación como en periodos anteriores de nuestra historia (y en otras culturas) las proporcionaban los espíritus y dioses.

Pero centrémonos en la *ambisexualidad*, preguntándonos lo que supondría tal identidad sexo-genérica. Desde la perspectiva de los planteamientos expuestos, sería una variable independiente del hermafroditismo, aunque en algunos casos pudiera conjugarse con él, así como tampoco supondría una necesaria bisexualidad comportamental, por lo que hay que diferenciarla de la utilización que del término *ambisexual* hacen Masters y Johnson (1979). La identidad ambisexual vendría a constituir una especie de hibridismo psicológico entre la percepción de los sexo-géneros que contempla la sociedad en que se desenvuelve y manifiesta un individuo. Aunque esto no deja de ser una posición teórica (como de suyo lo son el psicoanálisis y otras corrientes explicativas del comportamiento humano), al estudiar algunos casos, analizando genética y endocrinológicamente para establecer su sexo, y psicológica, psiquiátrica y sexológicamente, hemos llegado a detectar individuos en los que su identidad sexo-genérica involucra responsividad autoperceptiva tanto femenina como masculina. De hecho, ante uno de los casos en concreto nos encontramos frente a una constante imbricación de actitudes y sentimientos socio-sexo-dimórficos. Resulta difícil definir con qué sexo-género, de los concebidos por nuestra socie-

dad, se identifica el sujeto. Creo de interés, ilustrar este caso* en particular (que puede servir de primer y útil ejemplo), recurriendo a algunos escritos proporcionados por él, comentándolos muy brevemente, así como a detalles extraídos de las sesiones de consulta y de los estudios que se le han realizado hasta ahora:

Es un individuo de veintiocho años de edad, con cariotipo 46 XY**. Los estudios endocrinológicos reportan lo siguiente:

Prolactina	9.1 nanogramos/ml...	normal: 0 a 25 ng/ml
Testosterona	2.16 nanogramos/ml	4 a 10 ng/ml
Estrógenos	20 microgramos	50 a 500 mcg
Progesterona	0.15 ng/ml	4 a 25 ng/ml
H. Luteinizante	7.1 mu/ml	3 a 25 mu/ml
H.F. estimulante	5.1 mu/ml	3 a 15 mu/ml

Estos resultados, sin embargo, deben tomarse con cierta reserva, dado que el paciente desde su primera consulta refiere haber recibido en épocas pasadas terapia hormonal masculina, que no puede precisar. Asimismo, después de cierto periodo de consultas externó que, de tiempo atrás, autorrecetada y sin regularidad se ha tratado con *valerianato de estradiol*, dependiendo dicho tratamiento de estados de ánimo.

La exploración física que se le realizó podemos resumirla en lo siguiente:

Perímetro torácico	89 cm	
Cintura	74 cm	
Cadera	81 cm	
Glándulas mamarias:	Desarrollo moderado, a la palpación se nota más tejido adiposo que glandular,	
	derecha	10.5 cm
	izquierda	10.0 cm
Pene: longitud en estado flácido:	10 cm	
circunferencia a nivel de corona del glande	8.5 cm	

* Agradezco a la clínica de Terapia Sexual y Problemas de la Pareja Alvarez-Gayou el que facilitara los datos sobre este caso, así como la colaboración en el estudio del mismo desde la perspectiva de la ambisexualidad.

** Agradezco al doctor F. Salamanca (Departamento Genética, H. Pediatría CMN) este estudio genético.

consigo mismo, en función de no responder a las expectativas institucionales de la sociedad y añade: "*La vida para él era actuar un papel en una obra teatral, donde el personaje tenía que entusiasmarse, reír, gozar, sufrir, quizás sufrir era lo más auténtico, para sostener la ilusión del público*". Después de esto, manifiesta que la situación se hizo intolerable en 1983, cuando contempló el suicidio como la única forma de, según sus propias palabras: "*resolver de alguna manera, cualquiera que fuera, mi situación*". Más adelante refiere que un amigo, estudiante de medicina, le sugirió que se inyectara hormonas masculinas, y tiempo después le engrosó la voz, le salió barba y vello en todo el cuerpo, y agrega: "*esto me gustó, pues estaba segura de definirme al fin*". Según afirma, quienes le rodeaban presionaban para que su definición fuera masculina, y continúa: "*dejé de inyectarme porque pensé que el problema estaba casi solucionado: las mujeres me gustaban, me veía más varonil. Según yo estudiaba mucho, medicina entre otras cosas, trabajaba, etcétera. Había quemado todos mis vestidos y también quemé casi todas mis fotografías de niña y varios recuerdos más...*"; en este punto se interrumpe la carta.

En ocasiones manifiesta que quiere definirse como mujer, en otras se decide por ser hombre. Según lo que expresa durante las consultas quiere ser mujer, pero sólo si puede serlo por completo: quiere tener hijos. Días después dice sentirse bien y que ha iniciado una relación de noviazgo con una educadora y psicóloga. Dos meses después viene confuso: conoció a una chica y pasó con ella todo el fin de semana, tuvieron relaciones sexuales, pero no pudo eyacular. Describe a la chica con la que sale, con rasgos masculinos: espaldas anchas y caderas estrechas, cuando nosotros la conocimos no pudimos opinar lo mismo. Manifiesta que lo más conveniente será seguir el camino masculino, aunque en una carta que nos entregó la semana anterior, expresaba su decisión de ser mujer. En la siguiente sesión se manifiesta entusiasmado con la chica con la que se relaciona, y expresa que "*es una relación entre dos mujeres*". Diez días más tarde informa que la relación con la chica está terminada y expresa: "*Fue muy absorbente y ya no la aguanto. Fue la despedida de un rol que he aguantado muchos años y que algunas veces he disfrutado*". Sin embargo, la relación continúa.

Tras haber ido a la peluquería y quejarse de que al peluquero "*se le pasó la mano*", dice que se vistió de mujer, porque le chocan las incoherencias. Sobre sus sueños recuerda poco, pero la mayoría de las veces es mujer. Una semana después reporta que a

últimas fechas le desagrada salir de mujer porque, aunque se siente bien, sabe que no es mujer. En esta consulta se le informa sobre el resultado del cariotipo y lo recibe bien. Piensa resolver su deseo de procreación embarazando a su pareja; se habla sobre los inconvenientes al respecto y entonces esboza la posibilidad de guardar su semen.

Un día llega desesperado y asegura que seguirá como hombre, se dedicará a hacer dinero y si no logra la satisfacción con eso, se suicidará; desea dejar la terapia; sin embargo, seis días más tarde pide consulta y al llegar se le ve más animado: está convencido de cambiar a mujer, por lo que desea iniciar terapia hormonal.

Quizás lo más ilustrativo de su estado, además del hecho de conocerlo/a y hablar con el/ella, sentirla/o, es un poema que escribió, en el que se define a sí misma, pues lo firma como mujer:

*“Quien soy
Para ser consecuente con el corazón
soy.
Para que la razón
sea mi instrumento y luz
pienso.
Para que luz y corazón
hagan camino
siento”.*

Aquí firma, y luego añade:

*“Ser quien se es
puede ser camino largo
requiere vivir mucho
sentir hondo
pensar alto”.*

Hoy por hoy, y desecha toda posibilidad de un cuadro psicótico, no nos inclinamos a pensar en un caso de transexualismo, ya que las diferencias manifiestas son muchas y una serie de aspectos parecen especificarlo como otra realidad: sus indecisiones respecto al sexo-género que desea adoptar *para toda la vida* socialmente, su inquietud por perpetuarse a través de la reproducción (sea como madre o como padre), así como sus constantes cambios de actitud y rol en el breve transcurso de una entrevista.

Como se apuntó anteriormente, el estudio de este caso aún no

ha concluido. Sin embargo, si se comprueba una identidad sexo-genérica ambisexual, que el propio sujeto parece comprender, independientemente del giro que tome la terapéutica, con el fin de que logre una autoubicación social, quizás podamos considerarlo como representante de uno de los puntos centrales del continuo propuesto, con una manifestación de tal realidad a nivel consciente, pues pese a la presión que ejerce el ámbito sociocultural, reconoce un hibridismo, si así le podemos llamar, en su autopercepción sexo-genérica.

Con toda seguridad un mayor número de casos de ambisexualidad, en nuestra sociedad, se esconden en el inconsciente, en la medida en que logran adecuarse, de una u otra forma a una imagen que responda a las exigencias impuestas por la binariedad social de los sexo-géneros (Lizárraga, en prensa). Sin embargo, estas adecuaciones no tienen por qué darse en el ámbito concreto de una expresión comportamental de la sexualidad: homosexualidad o transvestismo, por ejemplo; siendo más factible que respondan a través de nuevas proposiciones respecto a los papeles sexo-sociales, así como a través de sus identidades sexo-políticas. Quizás sea necesario, por tanto, comenzar a implementar posibles terapias centradas fundamentalmente en dicha identidad sexo-política, que permitan al individuo sentirse y expresarse más allá de las limitaciones impuestas por sus características biológicas y por las expectativas rígidas del grupo social en el que se desenvuelve. Tal labor, no obstante, requiere de un estudio cuidadoso y profundo, que nos permita ir más allá de la descripción del fenómeno, adentrándonos en aspectos que involucran afectividad y confrontación.

No es remoto que en aquellas sociedades en que se conciben otras posibilidades de identidad sexo-genérica, como ocurre en pueblos como los Mohave y los Navajo, la gama de matizaciones del continuo llegue a resultar más evidente; no obstante, en toda sociedad las instituciones establecen las formas de expresión que al sistema sociopolítico le permiten subsistir *a pesar de la diferencia*.

REFERENCIAS

ALVAREZ-GAYOU, J.L. y cols.

1979a *Elementos de sexología*, Ed. Interamericana, México.

1979b *Diagnóstico y tratamiento de las disfunciones y problemas sexuales*, en prensa.

BEACH, F. (ed.)

1970 *Sexo y conducta (Coloquio)*, Siglo XXI Editores, México.

BEACH, F. y C. Ford

1969 *Conducta sexual*, Editorial Fontanella, Barcelona.

BELL, A. y M. Weinberg

1979 *Homosexualidades —Informe Kinsey—*, Editó Debate, Madrid.

BENJAMIN, H.

1966 *The Transsexual Phenomenon*, Julian Press, New York.

DEVEREUX, G.

1977 *De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento*, Siglo XXI Editores, México.

FOUCAULT, M.

1977 *La historia de la sexualidad*, Siglo XXI Editores, México.

GAGNON, J.

1980 *Sexualidad y cultura*, Editorial Pax-México, México.

GIRALDO NEIRA, O.

1981 *Explorando las sexualidades humanas*, Ed. Trillas, México.

GOTWALS y Holtz

1983 *Sexualidad, la experiencia humana*, Ed. El Manual Moderno, México.

GREEN, R.

1981 *Sexualidad humana —Conceptos médicos básicos—*, Ed. Interamericana, México.

HALL, E. T.

1978 *Más allá de la cultura*, Ed. Gustavo Gili, Barcelona.

HELLER, F.

1976 *Transvestistes, Transsexuals: Mixed View*, Delacorte Press, N.J.

JACOB, F.

1982 *El juego de lo posible*, Ed. Grijalbo, México.

KATCHADOURIAN, H. (ed.)

1983 *La sexualidad humana. Un estudio comparativo de su evolución*, FCE, México.

LIZARRAGA, X.

La infancia inalcanzable, en prensa.

MACCOBY, E.

1972 *Desarrollo de las diferencias sexuales*, Ed. Marova, Madrid.

MARTIN y Voorhies

1978 *La mujer: un enfoque antropológico*, Ed. Anagrama, México.

MASTERS y Johnson

1979 *Homosexualidad en perspectiva*, Ed. Intermédica, México.

MEAD, M.

1973 *Sexo y temperamento en las sociedades primitivas*, Ed. Laia, Barcelona.

MENAKER, E. y W.

1968 *El yo en la evolución*, FCE, México.

MILLET, K.

1975 *Política sexual*, Ed. Aguilar, México.

MONEY, J. y P. Tucker

1979 *Asignaturas sexuales*, Ed. A. T. E., Barcelona.

MORRIS, J.

1976 *El enigma*, Ed. Grijalbo, Barcelona.

REVISTAS

BEGLEY, S.J.

1979 "The Sexual Brain", *Newsweek*, 94: 100-105.

BENTLER, P.M.

1976 "A Typology of Transsexualism: Gender Identity Theory and Data", *Arch. Sex. Beh.*, no. 5: 567-584.

HEILBRUN y Schwartz

- 1982 "Sex-gender Differences in Level of Androgyny", *Sex Roles*, vol. 8, no. 2:201-14.

LIZARRAGA, X.

- 1980 "Hetero-homosexualidad: una modificación a la tabla de Kinsey", *Cuicuilco*, no. 1.
- 1983 "Más allá de los genitales: los sexos cerebrales", *Perspectiva Sexológica*, vol. 1, no. 2.

SILVERAS y Ryan

- 1983 "A reexamination of masculine and femenine sex-rol ideals and conflicts among ideals for the man, woman and person", *Sex Role*, vol. 9, no. 12:1223-48.

PONENCIAS

MEYER, John K.

- 1984 "Parafilias", ponencia en el Seminario de Avances en Sexología, Instituto Mexicano de Sexología, A.C., 8 y 9 de septiembre, México.
- "Transexualismo", (*Idem*).

